

de demostrar, lo que finalmente plantearía a toda la sociedad europea esa guerra que era sólo una conjetura en 1913 iría mucho más allá de las experiencias excitantes que anhelaba la juventud de entonces.

SARAJEVO: UN PRETEXTO PARA LA GUERRA

El 28 de junio de 1914 el heredero de la corona de Austria-Hungría visitaba oficialmente la capital de Bosnia-Herzegovina, Sarajevo. El archiduque Francisco Fernando acudía acompañado de su mujer, la condesa Sofía von Chotek, que no había recibido el título de archiduquesa cuando, tras un largo noviazgo, el emperador autorizó la boda con el heredero, sino que era objeto de notorias vejaciones en la corte imperial: su matrimonio se consideraba morganático, sus hijos fueron excluidos de la línea sucesoria y no podían llevar el apellido paterno —usaban el apellido Hohenberg, por un título ducal que el emperador otorgó a la condesa— y en las exequias que siguieron al magnicidio pusieron sobre su féretro un abanico, para denotar que su rango era el de simple dama y no el de archiduquesa. Precisamente la visita a Sarajevo fue la primera ocasión, tras quince años de matrimonio, en que el archiduque logró autorización del emperador para que su esposa figurase en un acto oficial. Se trataba de un acto que pretendía elevar el prestigio de la Corona y plasmar su atención preferente al último territorio que había incorporado a su imperio. El heredero era conocido por tener una actitud receptiva hacia los problemas nacionalistas que amenazaban su unidad, y en varias ocasiones había expresado su deseo de encontrar una solución que permitiese un encaje satisfactorio de las nacionalidades no reconocidas en la Constitución del imperio. Sin embargo la fecha elegida no fue especialmente considerada. Se trataba del día de San Vito, que en el calendario nacionalista serbio tenía una especial significa-

ción, al rememorarse la batalla de Kosovo de 1389, en la que los serbios se habían enfrentado al avance otomano. El anuncio de la visita fue mal acogido entre los grupos ultranacionalistas de Serbia y, pocos días antes de que ésta se efectuase, tres jóvenes (Nedeljko Cabrinovic, Trifko Grabez y Gavrilo Princip) cruzaron la frontera serbia pertrechados con varias bombas y pistolas, y cápsulas de cianuro para suicidarse si los capturaban. Pertenecían al movimiento de la Joven Bosnia, pero para el atentado se habían puesto a las órdenes del grupo Ujedinjenje ili Smrt («Unificación o Muerte») mejor conocido como Crna Ruka («Mano Negra»), una de las más radicales organizaciones terroristas clandestinas que habían surgido tras la crisis de 1908 con el propósito de lograr la unidad yugoslava mediante la violencia y cuyo cabecilla era el jefe de los servicios secretos serbios, el coronel Dimitrievic, alias Apis.

Su misión no era otra que la de asesinar al archiduque, objetivo que no les resultó nada fácil. El primer intento que realizaron aquella mañana consistía en arrojar bombas sobre el automóvil abierto del archiduque, para lo que seis terroristas se apostaron a lo largo del recorrido, con la idea de ir arrojando sus artefactos sucesivamente, hasta que se lograra el objetivo homicida. Pero cuando vieron que una mujer acompañaba a Francisco Fernando los cinco primeros conspiradores tuvieron escrúpulos morales y no lanzaron sus bombas. El sexto, Cabrinovic, sí la tiró, pero sin convicción. Falló. El artefacto rebotó en la capota plegada y estalló a continuación hiriendo a dos personas que viajaban en el coche que les seguía en la comitiva y a veinte espectadores del público congregado. En un momento posterior de la visita el archiduque insistió en interesarse personalmente por el estado de los heridos, por lo que abandonó la recepción oficial que le esperaba en el ayuntamiento y volvió a la calle, prácticamente sin protección policial. Su automóvil se extravió y fue a parar casualmente delante de Gavrilo Princip, que aprovechó para dispararles cuando ya pensaba que

la tentativa había fracasado. Sus disparos alcanzaron al heredero en el cuello y a su mujer (que estaba embarazada) en el abdomen. Ninguno de los dos sobrevivió (Princip aseguró que el segundo disparo no estaba destinado a la condesa, que seguramente intentó cubrir con su cuerpo a su esposo, sino al gobernador militar de la plaza). Ninguno de los dos magnicidas logró suicidarse pese a ingerir sendas cápsulas de cianuro, ya que éste se encontraba en mal estado y había perdido su poder letal.

La noticia voló por Europa, llegando de forma inesperada a todas las capitales. A esas alturas buena parte de la alta sociedad europea se había retirado ya a pasar el verano a la Riviera, Biarritz o a los afamados balnearios de Marienbad, Karlsbad o Baden Baden, cuando se conoció el magnicidio. La situación que se generó era grave, pero en ningún caso se pensó que fuese a degenerar en un incidente que obligase a interrumpir el descanso estival. De hecho los magnicidios eran algo a lo que Occidente estaba acostumbrado: en 1898 había muerto asesinada la emperatriz Isabel de Austria-Hungría (la célebre Sissi, mujer del emperador Francisco José), el rey Humberto I de Italia en 1900, el presidente estadounidense William McKinley en 1901, en 1903 el rey Alejandro I de Serbia, en 1912 el presidente español José Canalejas... la lista era larga, y todos ellos habían caído víctimas de terroristas de signo anarquista o nacionalista. Ninguna de estas crisis había desembocado en una guerra y, pese al auge de la tensión internacional, se confiaba en las buenas labores de la diplomacia para solucionar el problema. Como señalan Briggs y Clavin, «se resolvieron mediante arbitraje más contenciosos en los últimos veinte años del siglo XIX que en los ochenta anteriores, y hubo más de cien arbitrajes entre 1904 y 1914».

Pero esta ocasión no iba a ser una más. La paciencia de Viena se había agotado. En la capital de la monarquía dual (nombre por el que también se conocía al imperio de los Habsburgo) se venía asistiendo cada vez con más alarma a las soflamas nacionalistas yugoslavas de la vecina Serbia. Como señala el histo-

riador Steven Beller, «Serbia llegó a ser considerada como un centro de poder alternativo para los eslavos del sur, como Piamonte había sido para Italia [...] La combinación de aspectos exteriores y nacionales hizo aparecer a Serbia, por lo menos a los encargados de formular la política de los Habsburgo, como una amenaza a la misma existencia de la monarquía». Ahora esa amenaza se concretaba y atacaba el mismo corazón del imperio, su sucesor. Pese a que las relaciones del emperador con éste eran malas (era su sobrino y había excluido a sus hijos de la sucesión por haber contraído matrimonio morganático) y ni siquiera acudió a su entierro en Viena, el gobierno austríaco no estaba dispuesto a adoptar por eso una actitud conciliadora. Además se habían recibido informaciones de que el gabinete serbio presidido por Nikola Pasic había tenido noticia de lo que iba a suceder y el 2 de julio se conoció que los terroristas habían mantenido contactos con los servicios secretos serbios. Ahora Austria estaba dispuesta a eliminar de una vez por todas la amenaza serbia pero para poder hacerlo necesitaba asegurarse el apoyo alemán. Se envió una delegación diplomática a Berlín, donde el día 5 el canciller Theobald von Bethmann Hollweg le transmitió la resolución del káiser de apoyar a Austria en su castigo a Serbia incluso si esto conllevaba una guerra con Rusia, que previsiblemente se alinearía con su protegido balcánico. A este respaldo alemán se le ha llamado tradicionalmente el «cheque en blanco» a Austria-Hungría que, sorprendentemente, tardó mucho en decidir si lo empleaba o no. Esta tardanza fue esencial para que la percepción de la situación cambiase radicalmente: a medida que pasaban los días la indignación por un acto terrorista injustificable se fue enfriando y la posibilidad de una represalia austríaca se iba percibiendo cada vez más como un abuso de poder de una gran potencia hacia un país pequeño. Por fin, el 23 de julio Viena envió al gabinete de Belgrado un ultimátum de cuarenta y ocho horas en el que se exigían unas duras concesiones para no ir a la guerra y que in-

cluían permitir que agentes austríacos investigasen en suelo serbio las conexiones de los terroristas con los servicios secretos. El pánico cundió en el gobierno serbio, que se vio inclinado a aceptar el ultimátum, pero entonces Rusia hizo explícito su apoyo. Después de la derrota contra Japón y de haber tenido que aguantar la anexión austríaca de Bosnia como un revés en su política balcánica, San Petersburgo percibía que su posición de potencia internacional peligraba si se cedía más terreno ante Viena. Finalmente el gobierno de Pasic envió una respuesta el 25 aceptando con matices todos los puntos del ultimátum salvo el relativo al que exigía la intervención de oficiales austríacos en la investigación en suelo serbio. Al día siguiente Austria-Hungría declaró insatisfactoria la respuesta serbia, movilizó parcialmente al ejército y dos días después, declaraba la guerra.

Fue en ese momento, en esos últimos días de julio y primeros de agosto, cuando el clima general de Europa empezó a cambiar. La historiadora Barbara W. Tuchman describió así el estado de ánimo que se generó entonces: «El espectro de la guerra se erguía en todas las fronteras. Asustados repentinamente, los gobiernos luchaban por aniquilarlo. Pero en vano. Los estados mayores, dominados completamente por sus esquemas, esperaban la señal para ganarle una hora de partida a su oponente. Atemorizados ante las perspectivas que se ofrecían ante ellos, los jefes de Estado, que en última instancia eran los responsables del destino que se cernía sobre sus respectivos países, trataron de dar marcha atrás, pero la fuerza de los hechos los empujaba hacia delante». En esos días Nicolás II y Guillermo II llegaron a intercambiar diez telegramas, algunos de tono desesperado como éste que envió el zar el día 29: «En este momento tan grave, apelo a ti para que me ayudes. Se ha declarado una guerra innoble a un país débil. La indignación de Rusia, que comparto por completo, es inmensa. Preveo que muy pronto la presión a la que me veo sometido acabará abrumándome y me verá obligado a tomar medidas extremas que conducirán a la

guerra. Con la única intención de evitar una calamidad de tal magnitud como sería una guerra europea, te suplico que, en nombre de nuestra mutua amistad, hagas cuanto esté en tu mano para impedir que tus aliados vayan más lejos». Aunque la actitud del káiser parece que en estos días estuvo también dominada por el temor a las consecuencias de una guerra, la situación se había vuelto incontrolable. En cada país los intereses creados y una parte importante de las opiniones públicas presionaban para que se llegase a las armas. Los mandos militares, por su parte, apremiaban para tomar la iniciativa, puesto que los cálculos de todas las potencias señalaban que las alianzas rivales tenían una capacidad militar muy similar. En aquella situación mover ficha el primero podía equivaler a tomar una ventaja decisiva para romper el empate.

Ante la falta de frutos de los intentos de mediación, el 30 de julio Rusia movía ficha y decretaba un desplazamiento general del ejército hacia la frontera con Alemania y Austria-Hungría. El motivo de esta decisión era el convencimiento de que si definitivamente estallaba la guerra tardaría mucho más en movilizar sus fuerzas que Alemania, ya que su red ferroviaria no estaba tan desarrollada como la alemana. Aunque fue una táctica defensiva Alemania lo interpretó como una agresión y al día siguiente presentó un ultimátum para que en doce horas los rusos diesen marcha atrás. Ante la falta de respuesta Alemania declaró la movilización general el 1 de agosto y Francia (que había mantenido ya conversaciones con San Petersburgo y le había declarado su apoyo incondicional) hizo lo propio, lo que los alemanes tomaron como una declaración formal de guerra. La maquinaria bélica se había puesto en marcha. Alemania exigió el día 2 a Bélgica que le dejase paso franco a sus tropas camino de Francia. Ante la negativa belga el día 3 Alemania declaraba la guerra a Francia y lanzaba una campaña de invasión sobre Bélgica.

Pero Bélgica estaba protegida por un tratado de neutralidad

de 1839 y que habían suscrito las potencias europeas, por lo que Alemania estaba violando flagrantemente la legalidad internacional. Esto ocasionó la intervención definitiva del Reino Unido. A lo largo del mes de julio había intentado mediar entre los países implicados en la crisis de Sarajevo, pero con sus dos aliados ya en guerra y con Alemania rompiendo sus compromisos internacionales más elementales, el gobierno del primer ministro Herbert H. Asquith lanzó un ultimátum a Alemania para que retirase a sus tropas de Bélgica. Ante la falta de respuesta, el día 4 Gran Bretaña declaraba la guerra a Alemania y así, de forma precipitada y con la sensación de no saber muy bien cómo, las grandes potencias del momento se veían inmersas en una guerra europea a gran escala. A partir de entonces los dos países beligerantes de la Triple Alianza —Italia se mantuvo al margen del conflicto, para entrar luego en el otro bando— pasaron a ser conocidos con el nombre de «potencias centrales», mientras que los de la Entente fueron denominados sencillamente «aliados». Lo que vendría a continuación no podía ser nada bueno. Así lo adivinó el ministro de Asuntos Exteriores británico Edward Grey, cuando la noche de aquel 4 de agosto dijo, mientras contemplaba las luces de los despachos de Whitehall: «Las lámparas se apagan en toda Europa. No volveremos a verlas encendidas antes de morir».

UN PLAN PARA LA VICTORIA

Sin embargo la guerra despertó el entusiasmo de las masas en las ciudades europeas. Según Briggs y Clavin, «los furgones de reparto del periódico berlinés *Tägliche Rundschau* eran asaltados por muchedumbres ansiosas de noticias de la respuesta serbia al ultimátum austro-húngaro, y el rechazo de Serbia a las exigencias austríacas fue recibido con alborozados gritos en dialecto berlinés: “*Et jeht los!*” (¡Ya está!)». Se desató un furor

patriótico que produjo alegres manifestaciones en las grandes ciudades y avalanchas de voluntarios dispuestos a alistarse. El único llamamiento coordinado para la paz fue el protagonizado por la Segunda Internacional, que solicitó a los partidos socialistas de Europa que movilizasen a los obreros con el fin de que se resistiesen a participar en una guerra imperialista que sólo beneficiaría a los grandes capitalistas. Fue un rotundo fracaso. Tan sólo el Partido Socialista de Serbia secundó el llamamiento entre los de los países que entraron en guerra aquel verano. Mientras, los periódicos socialistas franceses proclamaban a los cuatro vientos que «la patria, seno de todas las grandes revoluciones, la tierra de los derechos y la libertad, está en peligro». Respondían así a la llamada del presidente de la República, Raymond Poincaré, a forjar una *union sacrée* («unión sagrada») de todos los partidos en un gobierno de concentración en la hora de mayor necesidad de la nación desde 1870. Tampoco el numeroso Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) se resistió a la entrada del Imperio en la guerra y apoyó las iniciativas de concentración nacional impulsadas desde el gobierno. La marea del nacionalismo agresivo que desde finales del siglo anterior venía anegando la cultura europea alcanzaba así su mayor logro político, el de toda una generación dispuesta a inmolarse por la patria y la consecución de su pretendido destino.

Pero no fue sólo el entusiasmo popular el que empujó a los gobiernos a la guerra. La precipitación (de Austria-Hungría y de Rusia) propició un acelerón en la escalada de la crisis y se fue extendiendo entre los ejecutivos de todos los países la sensación de quedar atrapados en su propia red, que les empujaba a la guerra. Especialmente en Alemania, donde el káiser y el ejército eran muy conscientes de que tendrían que soportar en buena medida el peso de las operaciones militares (Austria-Hungría era militarmente débil e Italia se había negado a entrar en la espiral de amenazas alegando que la Triple Alianza era un acuerdo sólo defensivo). En estas circunstancias tomar la delantera

era vital para no sucumbir al primer golpe. Ésa fue la razón de que una vez que Rusia movilizase sus tropas Berlín se aprestase a presentar este movimiento como una agresión, lo que le justificaba para poner en marcha su plan de guerra. Éste había sido elaborado por el que hasta 1906 fue su jefe del Estado Mayor, Alfred von Schlieffen, y se basaba en las consideraciones clásicas de la estrategia alemana. La base era que en caso de guerra el Imperio alemán se vería atacado por dos frentes (Francia y Rusia), por lo que era indispensable acometer rápidamente contra el enemigo que presentase menos dificultades para, una vez derrotado, volver el ataque contra el otro frente. A la hora de decidir contra cuál de los dos enemigos marchar primero la preocupación básica resultó ser el tamaño de los ejércitos. El clima de tensión internacional creciente de los años de preguerra había llevado a todas las potencias a lanzarse a una carrera de armamentos para estar preparadas en caso de que llegase el conflicto. Pero la disponibilidad de tropas no podía ser igual para todos. Por el propio peso de la demografía, la gran preocupación de Alemania era Rusia, que podía movilizar grandes cantidades de población masculina que había pasado por el servicio militar obligatorio, mientras que Francia tenía un crecimiento de población mucho menor y por tanto menos capacidad de movilización. Por ello se decidió que el primer objetivo debía ser Francia.

Después de la derrota de 1871 y debido a que se consideraba que la inviolabilidad belga sería respetada, los estrategas franceses habían levantado las defensas en la frontera con Alemania. Schlieffen basaba la efectividad del golpe en dos puntos: atraer a las fuerzas francesas al interior alemán retirándose de Alsacia y Lorena como señuelo y atacar por el norte atravesando Bélgica para, continuando por el oeste, hacer un movimiento envolvente que permitiese marchar sobre París desde el interior cuando el grueso de las tropas francesas estuviesen penetrando en Alemania. Por ello se denominó a esta estrategia la «puerta girato-

ria»: todos los ejércitos se moverían en sentido contrario a las manillas del reloj, lo que permitiría a los alemanes dar el golpe de gracia primero. El plan de operaciones se basaba en la clásica pinza de Aníbal en la batalla de Cannas, pero con dimensiones continentales, y durante décadas había sido ensayado cientos de veces en los *Kriegsspiele* (juegos de la guerra) del muy científico Estado Mayor alemán, hasta alcanzar una precisión que, en sus movimientos iniciales, se mostraría extraordinaria.

Fue la ansiedad por poner en práctica este plan lo que precipitó el ultimátum alemán a Bélgica: los alemanes entendían que la guerra era ya inevitable y necesitaban pasar por su territorio para atacar rápidamente. La solicitud de permiso sólo obedeció a un último intento desesperado de evitar la intervención británica y la negativa belga no dejó otro camino que proceder a una invasión que, por supuesto, había sido planeada. Fue entonces cuando comenzaron las operaciones y fue el ejército alemán el que tomó la iniciativa invadiendo Bélgica. En principio el proyecto del jefe del Estado Mayor alemán, Helmuth von Moltke (sucesor de Schlieffen), era llevar a cabo el plan de su antecesor de forma fulminante, lo que él mismo denominó una «batalla sin mañana». Para ello contaba con que el ejército belga, de tamaño reducido, no sería capaz de detener el choque y que Gran Bretaña no podría enviar pronto un ejército al continente. Ésta tenía la armada más importante del mundo pero el grueso de su ejército residía en la India, ya que la política tradicional británica impedía tener un ejército permanente acantonado en las islas. En los años anteriores tan sólo se había previsto la formación de un pequeño cuerpo expedicionario por si estallaba la guerra en Europa. Moltke, confiado, varió el plan previsto reforzando la frontera germanofrancesa con una fuerza superior a la prevista inicialmente. Sin embargo eso no modificaba sus expectativas; si todos los beligerantes esperaban que la guerra acabase rápidamente, él estaba dispuesto a ser quien diese el primer y definitivo golpe.

SE ALZA EL TELÓN

La entrada en escena del ejército alemán dejó atónita a Europa. El principal escollo en la penetración en Bélgica era la fortaleza de Lieja, una de las defensas más sólidas del mundo. Fue tomada con una combinación espectacular de asedio clásico, bombardeo aéreo (el primero de la historia) desde un dirigible y el uso de formidables cañones de calibres nunca vistos movilizados sobre la vía ferroviaria. La batalla de Lieja fue el primer acto de la arrolladora capacidad destructiva de la guerra industrial, que en los años siguientes demostraría su potencia aniquiladora sin precedentes. El 20 de agosto Bruselas se declaraba ciudad abierta para evitar su destrucción. Cinco días más tarde Lovaina no tendría tanta suerte, siendo pasto de las llamas el maravilloso patrimonio histórico-artístico que la ciudad había atesorado gracias a la riqueza de su universidad medieval. Con ello se demostraba que la campaña no se centraría sólo en objetivos militares. La destrucción de la memoria y los signos de identidad del enemigo también eran una forma de golpearle más allá del daño físico, la sevicia moral pasaba a ser así un arma más del arsenal de la guerra moderna. El paso hacia la frontera francesa quedó expedito pese a que el dominio del pequeño país llevó al ejército alemán unas semanas valiosísimas. Los belgas desarrollaron estrategias de sabotaje y resistencia pasiva ante el avance enemigo que fueron respondidas con una contundencia despiadada por los invasores. El recuerdo del alto coste en vidas militares que tuvo la resistencia civil durante la guerra franco-prusiana y la impaciencia por imponer rápidamente el dominio sobre el territorio dieron pie a toda una serie de abusos (incluyendo las matanzas de civiles) que ocasionaron la primera gran oleada de refugiados de la guerra. En el Reino Unido la campaña de prensa y propaganda sobre los excesos del militarismo alemán en Bélgica fue una de las bases para el apoyo popular a la guerra y el alistamiento masivo (más de un millón de volun-

tarios lo hicieron en agosto de 1914). En palabras del historiador Álvaro Lozano, «lo que los belgas ofrecieron con su valor a los aliados no fueron ni dos semanas ni dos días, sino una causa y un ejemplo».

Para entonces ni británicos ni franceses se habían quedado quietos. El comandante en jefe francés, Joseph Joffre, reaccionó intentando poner en práctica el plan de ataque (llamado «Plan 17») que preveía un asalto en Alsacia-Lorena. Pero los alemanes (en contra de lo planificado por Schlieffen) habían asentado varios ejércitos para hacer frente a una ofensiva francesa en la frontera. Los ataques de Francia fueron rechazados. Al tiempo el gobierno británico había comenzado a trasladar a la Fuerza Expedicionaria Británica (conocida por sus siglas inglesas, BEF, bajo las órdenes del mariscal sir John French) al continente. Los alemanes pensaron que el trayecto que se habían fijado había quedado desprotegido: los franceses estaban concentrados en su frontera oriental, por lo que el norte estaba abandonado a lo que quedaba del ejército belga y a las reducidas fuerzas británicas. El 23 de agosto, en Mons, se produjo el primer encuentro entre las fuerzas británicas y el muy superior en número primer ejército alemán, mandado por el general Alexander von Kluck. Éste descubrió lo grave que había sido minusvalorar la fuerza británica, que fue capaz de contener su avance aquel día. Sin embargo el resultado fue provisional, ya que las fuerzas aliadas tuvieron que reagruparse para organizar una defensa coordinada y el avance alemán no fue detenido.

Entonces Moltke, que había instalado su cuartel general en Luxemburgo, ordenó a Kluck proceder a la maniobra envolvente sobre París. Pero éste temía quedar aislado del grueso de tropas alemanas en territorio enemigo, por lo que desvió su curso hacia el sudeste. Pretendía así mantener el contacto con el segundo ejército, comandado por el general Karl von Bülow, que había quedado rezagado. Como había sucedido en 1870, el gobierno francés tuvo que hacer las maletas para retirarse a Bur-

deos el 29 de agosto, París estaba en peligro. Pero el resultado de la estrategia alemana fue confuso. Cuando el nerviosismo cundía por la proximidad del enemigo los franceses tuvieron conocimiento gracias a un reconocimiento aéreo (tal fue la primera modalidad en que se emplearon los aviones durante la guerra) de que Kluck había dejado al descubierto su flanco, pudiendo penetrar por allí las fuerzas aliadas y separarle definitivamente del segundo ejército. La distracción fue aprovechada por Joffre para reagrupar fuerzas usando las conexiones ferroviarias de la capital. La ofensiva aliada comenzó el 6 de septiembre y tres días más tarde los alemanes tenían que emprender la retirada. Es la que se conoció como batalla del Marne, que los aliados llamaron «milagro» puesto que lograron desbaratar la ejecución del Plan Schlieffen pese a su inferioridad. Este resultado fue posible debido a los puntos débiles alemanes: a medida que avanzaban en terreno enemigo la logística era cada vez más complicada (mientras que los aliados usaron hábilmente el nudo ferroviario de París) y las comunicaciones inalámbricas entre los dos ejércitos y con el cuartel general sufrieron fallos. Los aliados mostraron una mayor capacidad de reacción, incluso llegaron a movilizar en seiscientos taxis parisinos a tres mil soldados de infantería, que partían de la explanada de Los Inválidos hacia el frente de batalla en el río Marne.

La bronca en Berlín fue monumental, y el alto mando alemán reaccionó sustituyendo a Moltke por el ministro de Guerra, Erich von Falkenhayn, que intentó relanzar la ofensiva. Ordenó a sus ejércitos desplegar una maniobra envolvente por el norte para rodear a los aliados. Pero Joffre demostró de nuevo sus reflejos ordenando a su subordinado, el general Ferdinand Foch, que efectuase una contraofensiva similar a la de los alemanes. Aquella dinámica degeneró en lo que se ha llamado «la carrera hacia el mar», en la que las tropas comenzaron a marchar hacia el canal de la Mancha en un intento de no quedar bloqueadas en el frente y poder avanzar. Falkenhayn intentó

desesperadamente cortar dicha carrera atacando el extremo norte de los destacamentos aliados en la plaza flamenca de Ypres, defendida por la BEF. La ofensiva duró entre el 30 de octubre y el 11 de noviembre, finalmente los alemanes tuvieron que retirarse de nuevo. La operación había fallado y en diciembre el gobierno francés pudo volver a París. El resultado militar fue que ambos ejércitos tomaron posiciones a lo largo de una línea que comenzaba en el canal de la Mancha y terminaba en los Alpes, en la que procedieron a excavar un intrincado sistema de trincheras que permitiese la defensa a largo plazo frente a los ataques del enemigo, ya fuesen de artillería o de infantería. Ninguno de ellos pensaba por aquel entonces que se pasarían cuatro años metidos en aquellas ratoneras conectadas por un laberinto de corredores semisubterráneos y que los movimientos en el recién nacido frente occidental iban a ser mínimos.

¡QUE VIENEN LOS RUSOS!

Si la guerra en el oeste se activó desde inicios del mes de agosto, en la frontera de las potencias centrales con Rusia no tardó mucho más en comenzar. Los rusos debían solidarizarse con sus aliados para desviar parte de la presión alemana, concentrada en Bélgica y Francia. Por la misma razón Austria-Hungría debía solidarizarse con Alemania y correr en buena medida con la defensa frente a Rusia mientras que el esfuerzo alemán siguiese concentrado en el frente occidental. De hecho sólo había quedado el VIII Ejército alemán para hacer frente a la previsible ofensiva rusa. El Estado Mayor germano había calculado, con su característica precisión, que los rusos tardarían seis semanas en movilizar sus fuerzas, pero sorprendieron a los alemanes haciéndolo en dos semanas. Los generales del zar decidieron aprovechar esa ventaja y atacar. Pero por presiones internas que reclamaban ayudar a Serbia además de a Francia, el zar se vio

obligado a dividir su ejército en dos: uno de ellos combatiría a Alemania en el norte (en la región de Prusia oriental) y el otro a los austríacos en Centroeuropa (en la región de Galitzia). Los primeros resultados fueron prometedores para los rusos: el primer ejército (dirigido por el general Pavel Rennenkampf) obtuvo una sonada victoria en Gumbinnen el 15 de agosto, mientras que el segundo (mandado por el general Alexander Samsonov) atacó el flanco sur de los alemanes, ocasionando el repliegue de todo su ejército. Lo alarmante de la situación hizo reaccionar al Estado Mayor alemán que puso a la cabeza de las tropas del frente oriental al mariscal de campo Paul von Beneckendorf von Hindenburg, que diecisiete días después de empezar la guerra fue llamado de su retiro para salvar la apurada situación. Se le adscribió como jefe de Estado Mayor al general Erich Ludendorff, que había destacado por su brillantez en el cerco de Lieja. Ludendorff estaba considerado el mejor estratega de Alemania, y era en él en quien confiaba el alto mando para que solucionase la situación en el este, pero era un simple *Generalmajor* (general de brigada), y el mando del frente debía desempeñarlo un *Generaloberst* (general de ejército o capitán general). No se le podía ascender tres grados de golpe porque eso repugnaba al sentido jerárquico del ejército alemán, y encima tenía una carencia, la partícula «von» delante del apellido que caracterizaba al *junker*, el miembro de la nobleza militar prusiana, la clase que dominaba la estructura castrense.

La conjunción de los dos militares no pudo obtener mejores resultados. En opinión de Lozano, «Hindenburg proporcionó estabilidad, autoridad y nervios templados. Ludendorff aportó energía, ambición e imaginación. [...] Ambos compartían un descomunal ego y una gran ambición. Hindenburg admitió que «eran un matrimonio feliz»». La contraofensiva que lanzaron contra los rusos fue de un éxito arrasador, logrando una victoria brillante cerca de Grunliess del 26 al 30 de agosto. Para darle mayor significación, la acción fue rebautizada como

batalla de Tannenberg, rememorando otra acontecida en 1410 en la que los caballeros teutónicos habían sido derrotados por polacos y lituanos. Así, la victoria tomaba resonancias de venganza contra los eslavos, que fue redondeada con otra una semana más tarde en las cercanías de los Lagos Masurianos. Hindenburg se vio elevado a la categoría de héroe nacional, al tiempo que comenzaba con Ludendorff la que sería una de las colaboraciones militares más brillantes de toda la historia. Irónicamente, entre los profesionales de la estrategia, a Hindenburg le apodaban «mariscal *Was sagast Du?*» (¿Tú qué dices?), porque era lo que decía, volviéndose hacia Ludendorff, cada vez que le consultaban una cuestión militar.

Mientras, los austríacos no lograban elaborar un plan de ataque coherente. Por un lado no podían desatender el castigo a Serbia (la opción favorita del jefe de su Estado Mayor, Franz Conrad von Hötzendorf), pero debían prestar apoyo a los alemanes durante la ofensiva occidental para aliviar la presión de los rusos. Con un ejército mal preparado, anticuado y mermado por las diferencias nacionales Conrad decidió atender varios frentes a la vez: lanzó una infructuosa campaña sobre Serbia y atacó por dos flancos a los rusos, por el norte en la Polonia rusa y por el este en la región de Galitzia. Los resultados fueron desastrosos, las bajas resultaron enormes y pronto se vio en la tesitura de tener que pedir ayuda militar a Alemania. Ésta pudo responder finalmente con un ataque sobre Varsovia, mientras los austríacos continuaban luchando con los rusos en Lodz y lanzaban una campaña de invierno a través de los Cárpatos para recuperar la fortaleza de Przemyśl, que también fracasó. Para entonces el balance no podía ser peor para la potencia que había embarcado a Europa en la contienda.

Al acabar 1914 las cifras de la guerra ya eran espeluznantes. Sólo en agosto se habían movilizado a seis millones de hombres para acudir al combate y en el mes de diciembre las bajas (de civiles y de militares) se contabilizaban por cientos de miles, sin

que se adivinase una ventaja clara de ninguno de los contendientes. Las mentes más aventajadas de Europa ya barruntaban lo que estaba pasando en realidad y la futilidad del conflicto. Un excelente periodista ruso de nombre Lev Trotski escribía por entonces: «Ahora viene una guerra y nos muestra que todavía andamos a cuatro patas sin salir del estadio bárbaro de nuestra historia. Hemos aprendido a llevar tirantes, a escribir inteligentes editoriales y a fabricar chocolate con leche, pero cuando tenemos que decidir seriamente una cuestión relativa a la coexistencia de unas cuantas tribus en una rica península de Europa, nos sentimos impotentes para encontrar otra vía que no sea una mutua matanza masiva».

WELTKRIEG (GUERRA MUNDIAL)

Aunque en Europa los planes de victoria iniciales de Alemania se vieron empañados, no todo estaba fiado a lo que pasase en el viejo continente. Uno de los objetivos de las potencias centrales para lograr un golpe efectivo contra los aliados consistía en intentar desestabilizar sus imperios coloniales. Para ello iba a resultar básica una herramienta que los alemanes llevaban preparando largo tiempo. Desde la década de 1880 Alemania había ido acercándose diplomáticamente al Imperio otomano, en una maniobra disimulada y discontinua que no logró evitar las suspicacias de Gran Bretaña y Rusia. El káiser había visitado Constantinopla en 1889 y 1898, los alemanes se habían hecho con la concesión del proyecto para extender la línea de ferrocarril Berlín-Constantinopla hasta Bagdad (lo que había despertado recelos británicos) y en la década de 1880 los turcos ya habían solicitado asesoría militar a Alemania para modernizar su ejército. Esta petición se repitió después de la llegada de los Jóvenes Turcos al poder, que en 1913 pidieron el envío de una nueva misión militar alemana —Enver Pachá, el principal dirigente del

movimiento, había estudiado en Alemania—. Aunque el gobierno del sultán permaneció cauto ante los acontecimientos que se precipitaron en el verano de 1914 (ya bastante habían perdido en los años anteriores), el káiser tenía clara la intención de desestabilizar el equilibrio mundial involucrando al Imperio otomano en la guerra. Como él mismo afirmó entonces: «Nuestros cónsules y agentes en Turquía y en la India [...] deben encender en todo el mundo musulmán una implacable rebelión contra esta odiosa, falsa, mentirosa y sin escrúpulos nación de tenderos, pues aunque tengamos que desangrarnos hasta morir, Inglaterra ha de perder por lo menos la India».

Las negociaciones diplomáticas avanzaron en el verano y Turquía entró en el juego rápidamente, persuadida de que el alineamiento con los beligerantes era inevitable y de que si apoyaba a Gran Bretaña o si ésta vencía, apostaría por la desmembración del Imperio otomano para proceder a su reparto. La puesta en escena del acuerdo fue, siguiendo el estilo alemán, por lo menos llamativa. Dos buques de guerra alemanes, el poderoso *Schlachtkreuzer* (crucero de batalla) *SMS Goeben*, al que se unió el crucero ligero *SMS Breslau*, lograron burlar el bloqueo británico en el Mediterráneo y llegar hasta Constantinopla el 12 de agosto. Los británicos eran los proveedores oficiales de la marina turca pero, al estallar la guerra, se habían negado a entregar dos barcos que había encargado el gobierno del sultán (por miedo a ponerlos en manos de un enemigo en potencia). El 29 de octubre los dos barcos alemanes, ahora con bandera turca, bombardearon el puerto ruso de Odesa, en el Mar Negro. En los días siguientes se sucedieron las declaraciones de guerra de Rusia, Francia y Gran Bretaña, al tiempo que los turcos emprendían una campaña en el Cáucaso contra Rusia. Ésta era la más perjudicada por la entrada de Turquía en el conflicto, ya que se cerró la zona de los Estrechos al comercio internacional, por lo que se veía privada de una de sus principales vías de aprovisionamiento marítimo. Al tiempo Gran Bretaña veía ame-

nazada su principal vía de comunicación marítima con la India, el canal de Suez. Los designios del káiser se habían puesto en marcha y había comenzado su *Weltkrieg* (guerra mundial).

Pero los británicos reaccionaron rápidamente e intentaron sacar provecho de la adversidad. En noviembre de 1914 declararon oficialmente la anexión de la isla de Chipre a su imperio y en diciembre decidieron regularizar su ocupación de Egipto convirtiéndolo en un protectorado. Prometieron a los rusos la entrega de Constantinopla en caso de victoria y dieron un paso decisivo para acercarse a los campos petrolíferos de Mesopotamia comenzando una invasión del país desde el golfo Pérsico con una fuerza del ejército de la India, que tomó Basora el mes de noviembre. La guerra acababa de comenzar en el que iba a ser otro de sus escenarios predilectos, Oriente Próximo.

Aunque en el territorio otomano Alemania tenía cancha en la que desarrollar su juego, en sus colonias el partido acabó pronto. Los aliados se coordinaron para apoderarse con celeridad de las colonias alemanas, para lo que se encontraron con la inesperada colaboración de Japón. La naciente potencia oriental declaró la guerra a Alemania el 23 de agosto con la intención descarada de hacerse con sus posesiones asiáticas y del Pacífico: entre septiembre y noviembre cayeron en sus manos sucesivamente las islas Marianas, Carolinas y Palau y la concesión china de Qingdao. Por su parte fuerzas australianas y neozelandesas se hicieron con Nueva Guinea Alemana. Las colonias alemanas en África fueron objeto de ataques por parte de los aliados desde el primer momento. Como recuerda el historiador británico Niall Ferguson, «los primeros tiros disparados en tierra por tropas británicas el 12 de agosto de 1914, apuntaron a la estación inalámbrica alemana en Kamina, en Togolandia». Efectivamente, Togo fue la primera en caer (ese mismo mes), a la que seguirían África sudoccidental (actual Namibia) en 1915 y Camerún en 1916. Al acabar la guerra la única colonia alemana que seguía bajo soberanía de la metrópoli era África oriental (actual

Tanzania), donde la brillante defensa planteada por el coronel Paul von Lettow-Vorbeck logró mantener en jaque a los contingentes británicos enviados para rendirle. Pero todavía quedaban escenarios nuevos para que se desarrollasen las campañas y contendientes nuevos que se podían sumar a la orgía de sangre que se había desatado, y el año 1915 iba a ser pródigo en ambas cosas.